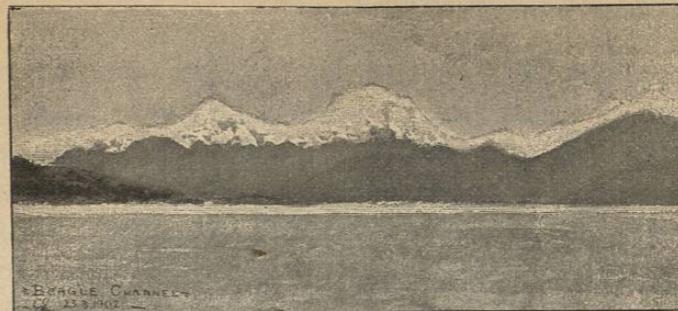


esté pronto habitada. El capitán Larsen, que durante sus dos viajes con Jason, y posteriormente en el del «Antártico», por las costas de la Georgia del Sur, ha observado grandes grupos de ballenas (ballena barbuda y jorobada), está ocupado, cuando escribo este libro, en los preparativos necesarios para establecer allí una estación fija de pesca. Tiene intención de marchar dentro de poco (en agosto de 1904) con dos grandes vapores balleneros y un transporte para llevar las viviendas desarmadas, útiles necesarios, etc.

Así, al mismo tiempo que tendrían ocupación multitud de pescadores de ballenas que quedaron sin trabajo á causa de la prohibición de esta pesca en Noruega, trasladándose á un nuevo y abundante campo de operaciones, se conseguiría establecer una magnífica estación central para la exploración continua de tan interesante isla. El activo capitán ha realizado ya numerosos trabajos científicos encaminados á preparar el terreno para conseguir el objeto que se propone.



Vista del canal de Beagle.

## CAPITULO VII

### *La Tierra del Fuego y los indios onas*

**E**L 15 de junio hicimos rumbo hacia alta mar, desde la Georgia Meridional y describiendo un grande arco hacia el norte, entramos felizmente el 4 de julio en Port-Stanley, donde debía quedarse el «Antártico» hasta el fin del invierno, para proporcionar á los exploradores naturalistas de á bordo todo el tiempo que fuera posible para sus investigaciones.

Un colono, mister W. Packe, puso á nuestra disposición, con singular amabilidad, su casa de Port-Louis, inhabitada durante el invierno, donde pasamos Skottsberg y yo casi un mes, durante los últimos meses de la estación invernal, ocupados en toda clase de exploraciones botánicas y geológicas.

Port-Louis, situado á unos treinta kilómetros en dirección oeste noroeste de Port-Stanley, es la vieja capital de las islas de Falkland y un punto clásico en la historia de la exploración sudpolar. Allí erigió James

Weddel, en 1823, un monumento á la memoria del primer gobernador inglés, que fué asesinado por los españoles, antiguos señores del grupo de islas, que se sublevaron contra el nuevo orden de cosas; allí pasó Ross con el «Erebus» y el «Terror» el invierno de 1841, y allí encontró refugio el buque más célebre de las exploraciones oceanográficas, el «Challenger», anclado durante algunos días.

Pero, á pesar de habérsenos anticipado tan célebres exploradores de la Naturaleza, nos quedaba, sin embargo, extenso campo de trabajo. Mientras estuvimos en Port-Louis, Karl Andrew Andersson, á bordo de pequeñas goletas contratadas para ello, cruzaba entre Port-Stanley y el estrecho de Berkeley, donde realizó importantes dragajes, y á pesar de tener averías y repetidos choques contra bancos, era incansable en sus trabajos zoológicos.

A mediados de agosto regresamos á Port-Stanley para tomar, á bordo del «Antártico», las disposiciones que exigían nuestra salida proyectada para la Tierra del Fuego.

Por este tiempo sufrió la expedición una pérdida dolorosa: uno de nuestros mejores compañeros, el sabio zoólogo de la expedición, profesor Axel Oklin, se vió obligado por su estado de salud á regresar á la patria.

Durante nuestra estancia en la bahía de las Ollas, había permanecido durante varios días consecutivos sentado sobre cubierta del «Antártico» aguantando la temperatura y la nieve, continuamente ocupado en la clasificación de ejemplares obtenidos por algunos dragajes sumamente abundantes, y allí se resintió su salud que, hacía tiempo, no era muy cumplida. Durante nues-

tro regreso á las islas de Falkland empeoró rápidamente su estado, y cuando en Port-Stanley se consultó al médico, éste descubrió una dolencia de carácter tuberculoso pulmonar, que si bien debía ser antigua, hasta entonces no se había declarado abiertamente.

Los más vivos deseos de Oklin eran continuar la vida libre de los viajes de exploración, pero con hondo pesar tuvo que ceder ante la necesidad de abandonar el «Antártico», al que había tomado verdadero cariño durante los dos viajes polares. Desde Montevideo recibimos una carta suya, en la que nos expresaba su contento en vista de la influencia favorable que sobre su salud tenía aquel clima más suave.

Esta fué la última misiva suya que tuvimos, antes de nuestra salida de la Tierra del Fuego hacia el sur, y cuando llegamos, por fin, de nuevo al mundo civilizado, recibimos la triste noticia de que había fallecido el 12 de julio de 1903.

Axel Oklin era, ante todo, un bondadoso camarada que con su ameno trato y agudo ingenio difundía la animación y el contento entre los compañeros, especialmente cuando nos reuníamos en la sala de fiestas del «Antártico». Era, además, gran amigo de las letras y poseía profundos conocimientos biológicos y geográficos, lo que hacía que todos le escuchásemos con vivo interés.

Con un saludo agradecido á la población amable y hospitalaria de las islas de Falkland, dejamos atrás aquel desierto, donde durante los cortos días de invierno habíamos sufrido tanto durante las tempestades de nieve, y donde sólo disfrutamos rápidos momentos de bonanza. La primavera se iba acercando, y el «Antártico» cortaba

las aguas con su proa hacia las magníficas rías y montañas cubiertas de bosques de la Tierra del Fuego.

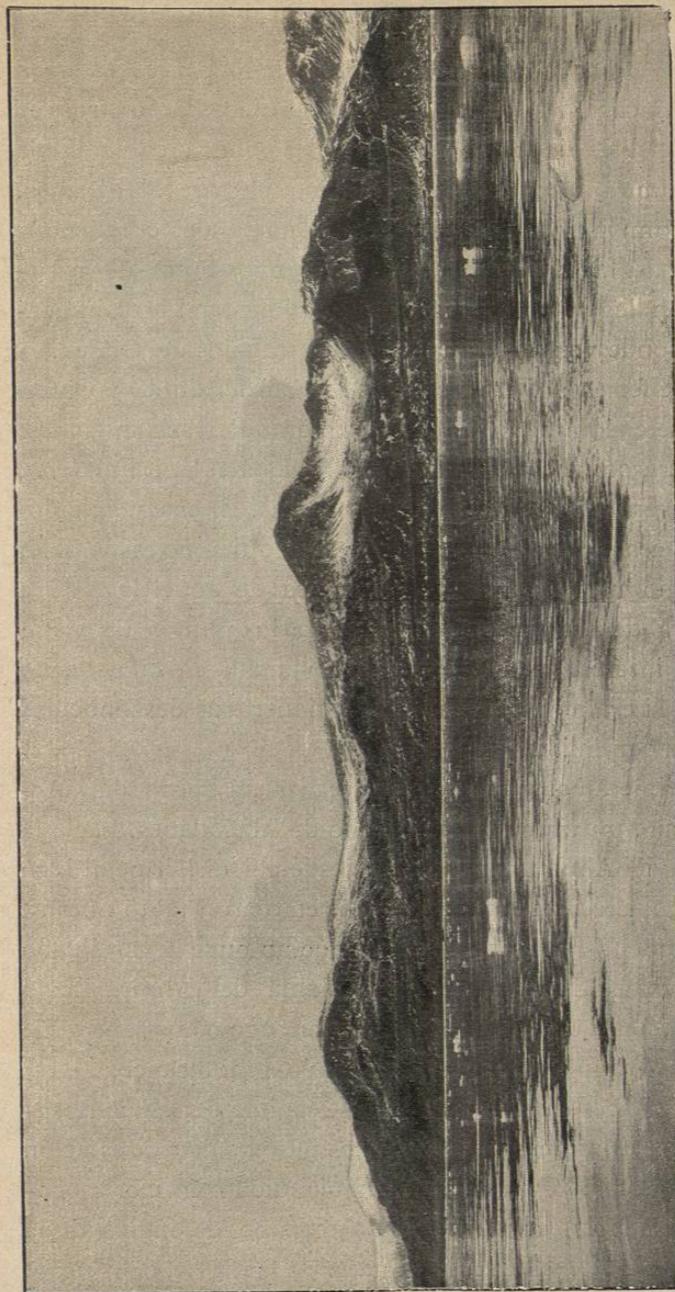
El 6 de septiembre dejamos Port-Stanley haciendo rumbo, después de una corta visita á Port-Albernarle, en Falkland Occidental, hacia el banco de Brudwood, situado al sur de esas islas, y donde se hicieron tres productivos sondeos, después de lo cual entramos, el 15 de septiembre, en el canal de Beagle.

El principal objeto de nuestra visita á la Tierra del Fuego era, antes de empezar el segundo viaje veraniego al mar Glacial del Sur, hacer una minuciosa reparación en las velas y arboladura del «Antártico» en Ushuaia, y completar nuestra provisión de carbón, todo lo cual, por la generosa liberalidad del gobierno argentino, teníamos allí á nuestra disposición.

Además, nos propusimos aprovechar la ocasión para completar el conocimiento de la naturaleza de la Tierra del Fuego. Skottsberg, durante su visita á Ushuaia (en marzo), había ya penetrado á través de la faja de bosques y estudiado la flora de la región montañosa hasta una elevación de 1,300 metros. Acompañado ahora de K. A. Andersson, continuó la exploración de la región de Ushuaia, y después hicimos juntos un viaje al lago de Roca, situado en el interior de la bahía de Lapataia.

Me había propuesto descifrar un problema cuya prehistoria expongo aquí en pocas palabras:

Durante la primera mitad del año 1890, una comisión argentino-chilena que trabajaba para delimitar ambos países, descubrió en el interior de la Tierra del Fuego un importante lago de diez millas suecas de longitud, que recibió el nombre de un sacerdote llamado Fagnano, por haberlo visto antes durante un viaje desde la costa orien-



Laderas de Moran en la orilla oriental de la ría.

tal de la Tierra del Fuego. Dicho lago parece estar en comunicación con un río de unos quince kilómetros de largo, el río de Azopardo, que desemboca en la bahía del Almirantazgo, situada en el estrecho de Magallanes. La comisión fronteriza hizo un mapa del contorno y orilla del lago, y según noticias, algunos botes de la comisión llegaron por el río Azopardo hasta el lago Fagnano, donde verificaron importantes trabajos de sondeo.

De febrero á marzo de 1896, Nordenskjöld y Oklin, que se encontraban entonces explorando estas regiones, penetraron por el río Azopardo hasta el lago Fagnano, para verificar indagaciones zoológicas. El ensayo resultó entonces infructuoso á causa del poco tiempo disponible, y como una exploración zoológica de aquel lago de la Tierra del Fuego ofrecía, bajo varios puntos de vista, gran interés, decidí penetrar hasta allí en el pequeño bote, si era posible, para inspeccionar sus desconocidas aguas con mis redes.

Primeramente me propuse realizar, á bordo del «Antártico», un viaje por el estrecho de Magallanes, hacia la bahía del Almirantazgo, para desde allí dirigirme al lago de Fagnano. Las circunstancias retardaron tanto nuestra salida de las islas de Falkland, que no pude llevar á cabo esta expedición, tomando la bahía del Almirantazgo como base de operaciones, y tan cómoda manera de llegar al lago de Fagnano no estuvo á mi alcance.

Entonces recordé que Willis, capitán del «Fair Rosamond», durante uno de nuestros últimos días de estación en las islas de Falkland, me había dicho en cierta ocasión: que años atrás, un pequeño grupo de indios de la raza ona, que residen en la parte de la Tierra del Fuego, al norte de la cordillera, es decir, en el interior monta-

ñoso, habían venido desde la extremidad oriental del lago de Fagnano hacia el canal de Beagle para establecerse cerca de Harberton, utilizando un paso libre de la cordillera.

Con singular fortuna averigüé en esta ocasión que se encontraba de visita en Port-Stanley, uno de los tres hermanos, dueños de la colonia en Harberton, mister William Bridges, hijo menor del difunto misionero inglés Tomás Bridges.

Este joven me dijo que él y sus hermanos, con el apoyo del Gobierno argentino y utilizando á los indios onas como obreros, habían abierto un camino de herradura á través del bosque virgen, que llegaba hasta el citado paso y continuaba hacia el lago Fagnano, á través de la Tierra del Fuego en su costa oriental, donde, al sur del Rio Grande, les había arrendado el Gobierno argentino un territorio para el establecimiento de una colonia agrícola. En Harberton había sido construído un pequeño bote de lona que, tripulado por indios, debía ser llevado á la costa atlántica con objeto de hacer los sondeos necesarios para el establecimiento de un pequeño puerto. Accediendo á mis súplicas, consintió mister Bridges en facilitarme este bote para mis trabajos zoológicos en el lago de Fagnano.

Provisto de una carta de recomendación de mister William para su familia, dejé en Harberton, el 15 de septiembre, el «Antártico», que continuó el día siguiente su viaje hacia el oeste, hasta Ushuaia, á través del canal de Beagle.

En Harberton fui recibido afectuosamente por el mayor de los tres hermanos, mister Despard Bridges y su joven señora, de origen inglés, nacida en Buenos Aires.

En la hospitalaria casa de este amable matrimonio, con el que vivía una señora de edad, muy agradable y buena, emparentada con mister Bridges, pasé algún tiempo del que guardo los más agradables recuerdos.

Antes de relatar mis intentos de exploración por el lago de Fagnano, debo decir algo acerca de tan apreciable familia y su influencia entre los indios.

Estos, llamados «onas», fueron en otro tiempo dueños absolutos de la Tierra del Fuego, por la que vagaban libremente cazando guanacos desde la embocadura del estrecho de Magallanes hasta la cordillera. Arrostrando el tempestuoso y húmedo clima de su país, se cubrían apenas con pieles de guanaco que sujetaban flojamente sobre su cuerpo; usaban armas primitivas y era por demás sobria su alimentación.

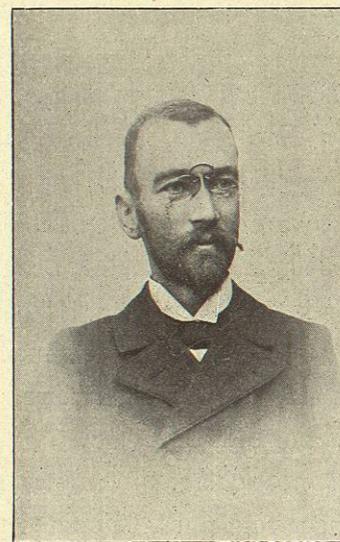
Constituía un pueblo nómada y libre, cuyos individuos á veces se congregaban en torno de alguna ballena embarrancada en la costa del Atlántico, cuya carne podrida les servía de alimento, ó instalaban su hogar en medio de los bosques de hayas á la orilla del Cauri ó de algún lago situado en lo más recóndito del país.

Pero en 1880 llegaron los hombres blancos, intrusos buscadores de oro, que invadieron el país en unión de otros muchos, dedicados al pastoreo de ovejas.

Los onas no comprenden el modo de vivir de los blancos. El animal nuevo para estos, el guanaco blanco, que pacía libremente en los campos de caza, era para los invasores una presa que les pertenecía. Cazaron también ovejas, primero solamente para alimentarse ellos y sus familias, después á centenares para vengarse de las persecuciones de los indios. El grito de destrucción resonó pronto por todas partes, y las carabinas Winchester

limpiaron paulatinamente la parte septentrional del país de «ladrones de color cobrizo», llegándose, según se dice, á pagar una libra esterlina de prima por cada indio muerto.

Mientras se les despojaba de su suelo en el norte de la Tierra del Fuego, cambió de aspecto el sistema de



Axel Oklin.  
Muerto en Suecia el 12 de Julio de 1903.

colonización en la parte meridional de la cordillera, límite al canal de Beagle.

Los misioneros ingleses de Ushuaia, que desde 1869 habían ejercido su influencia entre los indios del canal de la raza yagán, iban perdiendo su importancia desde que el Estado argentino instaló allí, en 1884, una estación oficial. Cuando el director de la misión, Tomás Bridges, dejó su cargo, recibió del Gobierno como recompensa un territorio inmediato á Harberton, y cambió su profesión de pastor de almas, por la más terrenal y no menos lucrativa de pastor de ovejas.